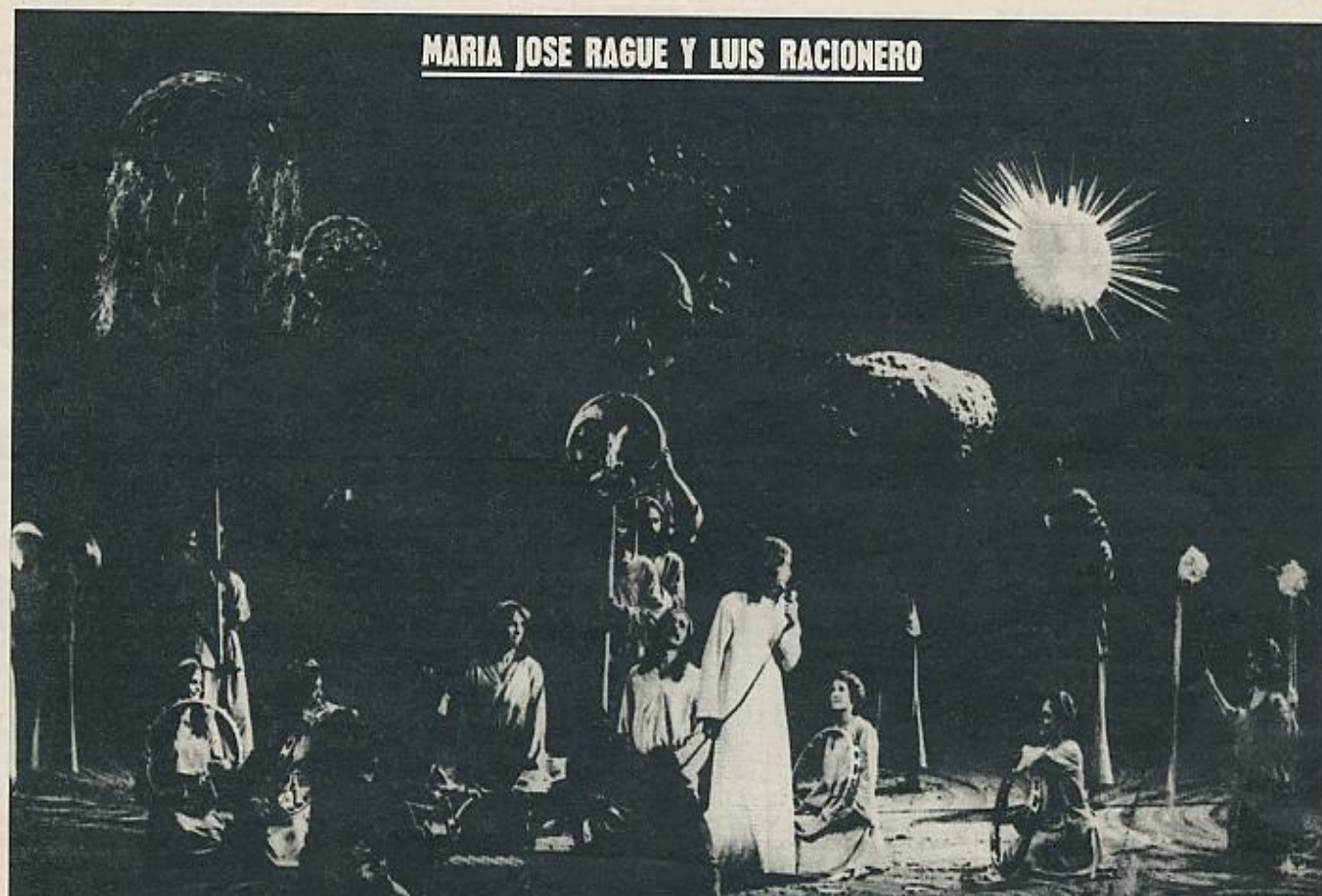


MARIA JOSE RAGUE Y LUIS RACIONERO



JESUS CHRIST SUPERSTAR

LA MIXTIFICACION DEL POP

NO hace mucho tiempo, un hombre joven con el pelo largo llegó a una ciudad no muy distinta a Berkeley y pasó la mayor parte de su tiempo en la calle con la gente. Ofrecía comida y auxilios médicos, ayuda psicológica y exortaba a la gente a abandonar sus casas, sus vestidos y sus riquezas. Su filosofía era el amor, bendecía a los pobres y maldecía a los ricos. Pasaba parte de su tiempo dedicado a la meditación y al éxtasis, organizaba procesiones y celebraciones públicas.

«El y sus seguidores fueron perseguidos.

«Se llamaba Jesús.

«Murió, crucificado, hace dos mil años».

Jesucristo era un «hippy», dijeron los «hippies». Y de ellos surgió un extraño movimiento reli-

gioso contracultural: los «Jesus freaks».

Jesús: Un puente sobre las aguas turbulentas. Doscientas comunidades de «Jesus freaks» sólo en California. Biblias psicodélicas.

Cambios formales para los que en el fondo siguen creyendo que si se portan bien, cuando se mueran irán a un cielo dorado, con ángeles tocando la flauta y el arpa y con nubecitas de colores, ante los que ellos exclamarán: «faaaaaa out, man», o... «bárbaro, chico».

Lávate en la Sangre del Cordero de Dios, reconoce que has pecado, arrodíllate y reza a Jesús, tu Salvador.

La noción de pecado sigue pesando en sus conciencias.

Los «Jesus freaks» o «fanáticos de Jesús» provienen de la clase media baja americana y tienen más de cristianismo tradicional que de

filosofía contracultural. Y, sobre todo, de lo que tienen más es de clase media americana.

Reaccionarismo con a tu endos «hippies»

Vino viejo en odres nuevos.

Religión «pop». Misticismo «pop». Mixtificación «pop».

«Get back to where you once belonged».

[«Vuelve a donde antes pertenecías».]

La revolución de la nueva cultura no vendrá por ahí.

Desgraciadamente, este «revival» de Jesucristo en EE. UU. no ha producido una generación como los «hippies» de 1967 en San Francisco. Por el contrario, los «Jesus freaks» no han aportado nada nuevo al movimiento de la juventud. Son el equivalente yanqui de aquellos grupos «de colores» de finales de los 60 con sus

exaltaciones, sus confesiones dramáticas y sus gritos delante del sagrario.

Y no hay que confundir el Movimiento de Jesús con la Iglesia Underground, que practican la conciencia social del cristianismo contra la guerra y contra cualquier tipo de opresión, como la Free Church, de Berkeley. La Free Church, o Iglesia Libre, apoya a los grupos radicales, a los «Gay lib» y a las «Women's Lib». Los «Jesus freaks» no admiten homosexuales y les dicen a las mujeres que su poder real consiste en amar a un hombre y que Jesús les ayudará a encontrarle.

Podrán ser fanáticos de Calvino mas que fanáticos de Jesús. Sus alternativas siguen siendo el bien y el mal, la salvación o la condenación...: dicotomías autoritarias e inflexibles...



No, los «Jesus freaks» no son precisamente contraculturales...

Progresismo cristiano... Y es que el progresismo cristiano suele ser un imposible. El progresista cristiano deja de ser progresista en cuanto ha de dejar de ser cristiano. Este es el problema de los «Jesus freaks». De entrada ya no respetan el sincretismo religioso de otros grupos «hippies», sino que sólo admiten la religión cristiana. Esta es la clásica intransigencia cometida por los occidentales frente a las demás culturas del mundo.

Este tipo de progresismo suele ser un gasto de energías y talento, que se detraen del trabajo en las cuestiones relevantes.

Es como el progresismo que se discute sobre matrimonio o divorcio, cuando la cuestión relevante hoy es encontrar una forma de organización familiar que prescinda de ambos. Es otra vez poner vino nuevo en odres viejos, cuando lo necesario es quizá olvidarse del vino y de los odres y jugar a otra cosa.

Este tipo de progresismo que se autolimita, porque parte de intentar salvar algo, cambiándolo un poco, es un progresismo que diluye esfuerzos y talento en causas que no conducen a ningún cambio de importancia.

Hace años se racrimó a John Lennon el haber afirmado que los Beatles eran más populares que Jesucristo, jaberración sacrilega!... que si durante un tiempo pudo ser verdad, ha vuelto a invertirse con la desaparición de los Beatles, con la aparición de los «Jesus freaks», y con el redescubrimiento de Jesucristo, radical y contracultural.

Y, al igual que a poco de nacer el movimiento «hippy», se hizo «Hair», se llevó a Broadway y fue un espectáculo musical comercial para gente que pueda pagar de 7 a 20 dólares por una entrada, ahora, el sistema y la ideología que rigen los musicales de Broadway han hecho un espectáculo sobre Jesucristo. Espectáculo que, como los «Jesus freaks», es la vieja historia de todos conocida, con otros ropajes.

Buena música de «rock», complicados y fastuosos decorados, espectáculo «pop» sobre la Pasión que, por otra parte, es más auténticamente popular en Olesa y Esparraguera.

Hay que aclarar de entrada una verdad de Perogrullo, en la que muchos caen. No hay que confundir el teatro radical o experimental hecho frecuentemente por «hippies», con los espectáculos absolutamente comerciales que tratan de presentar, y a menudo deforman, las facetas de la nueva cultura. «Hair» y «Oh Calcutta!» son dos espectáculos comerciales —uno bueno y otro malo— que han permitido a los burgueses del mundo ver, desde su cómoda butaca, el —para ellos— zoo contracultural que se movía, cantaba o se desnudaba en su jaula escénica.

La ópera-«rock» es una forma artística con muchas posibilidades, que hasta el momento sólo ha conseguido fuegos fatuos, como «Hair», «Otelo» y, ahora, «Jesu-

JESUS CHRIST SUPERSTAR

cristo Superstar», y es que la ópera-«rock» ya ni siquiera nació libre. Desde el principio ha sido un caso de asimilación por el sistema con fines lucrativos. La ópera «rock» tiene que ser una forma artística de la contracultura: tener música de «rock», danza, vestuario «hip», montaje psicodélico y un tema vivo de la nueva forma de vida. Se debe celebrar gratuitamente en festivales para los jóvenes de la nueva cultura. Pero, en lugar de esto, grupos de intermediarios interculturales han aprovechado las posibilidades formales de la música inventada en los años setenta para dar originalidad a un «show» montado en Broadway y que, como todos los



Tom O'Horgan.

demás, se ponen al consumo de los burgueses americanos. Si a la música se añaden los demás condimentos del folklore «hippy»: melenas, danza, pieles, collares, incienso... y si además hay un poco de pornografía, como en «Hair», tanto mejor. Como negocio está muy bien; desde el punto de vista artístico, no tiene chiste. Se trata otra vez de «épatar les bourgeois». El fraude artístico y la inautenticidad de las obras presentadas se manifiesta con mayor claridad en la cuestión del tema. Existe un desequilibrio enorme entre el fondo y la forma: entre lo que dicen y cómo lo dicen. Tanto «Hair» como «Otelo» como «Jesucristo Superstar» están diciendo cosas digeribles para el paladar de los burgueses de la vieja cultura que pagan por verlas; en cambio, las están diciendo en un lenguaje formal, lleno de elementos culturales extraños a la vida de esos espectadores. Parece como si los promotores de Broadway

presintiesen que si se plantea un tema también radicalmente original, propio de una sociedad nueva, el público de Broadway no aguantaría la obra. ¿Puede haber mayor contradicción que montar una ópera-«rock» sobre el tema de los celos, que es un valor cultural inexistente en la nueva cultura? Pero la gente paga para ver «Otelo-rock», y por eso es bueno dárselo otra vez vestido de «hippy» y más movidito. Pero, eso sí, siempre lo mismo, la sensación de seguridad ante todo: vino nuevo en odres viejos.

El tema de Jesucristo ofrecía la posibilidad de un nuevo enfoque de fondo, de un enfoque contracultural, pero «Jesucristo Superstar» lo único que tiene de nueva cultura es la música de «rock», puesto que sus autores no se han molestado en buscar ese enfoque de la figura de Jesucristo tomada desde la perspectiva de la nueva cultura y haciendo notar los puntos en que la ideología «hippy» y la de Jesucristo coinciden.

CORO.—Hosana Haysana Sanna
[Sanna Ho
Sanna Hey Hanna Ho Sanna
Hey Jesus Christ, Jesus Christ
[won't you smile at me?
Sanna Ho Sanna Hey Superstar

JUDAS.—Everytime I look at you
[I don't understand
Why you let the things you did get
[so out of hand
You'd have managed better if you'd
[had it planned
Why'd you choose such a back-
[ward time and such a strange
[land?
If you'd come today you would
[have reached a whole nation.
Israel in 4 BC had no mass commu-
[nication
Don't you get me wrong I only
[want to know.

Cada vez que te miro no lo com-
[prendo.
Cómo has dejado que las cosas se
[te fueran de las manos.
Lo hubieras dirigido mejor si lo
[hubieses tenido planeado.
¿Por qué escogiste una época tan
[atrasada y un país tan raro?
Si hubieses venido hoy habrías
[abarcado una nación entera.
Israel, en el 4 antes de J. C., no
[tenía comunicaciones de masas.
No te enfades conmigo, sólo quie-
[ro saber.

Jesucristo, que es un melenudo «hippy», pero guapo y con túnica blanca impecable, es confortado con ungüentos por María Magdalena, Judas —que es negro— protesta y dice otras impertinencias del tenor de las citadas, dignas de evangelio apócrifo. Los Apóstoles son una cuadrilla de «hippies» con aspecto de no saber lo que se pesan. Pilatos es un Calígula de provincia; Herodes, un «travesti», y los fariseos, un coro de bailarines del Molino.

«Jesucristo Superstar» no es ni mejor ni peor que «Hair». La música tiene cosas muy buenas, el

montaje teatral es espectacular. La iluminación es espléndida, los trajes y los bailes están muy bien, pero el libretto es de una pobreza de ideas indigna del tema. Aunque suene raro decirlo, el tema daba para más.

«Jesus Christ Superstar» es la Pasión. Y la Pasión es siempre la misma, sea la música de Bach o de «rock». Pero uno no puede jugar con un arquetipo tan poderoso y sacar tan poco de él, quemarlo tontamente. Aunque no sea cristiano ni crea en Dios, ningún artista puede enfrentarse con el mito riquísimo de Jesucristo y diluirlo en cuatro banalidades. La obra no plantea ninguna visión, ninguna tensión en la figura de Jesucristo y sus Apóstoles; ningún matiz. Sólo unas canciones sobre la Última Cena, el juicio y la muerte de Jesucristo. Y unas cuantas bromas, como Herodes diciendo: «Si eres Dios, demuéstralo andando por mi piscina, sólo te pido cosas que pediría a cualquier «superstar»». La acción representa sólo los últimos días de la vida de Jesucristo, y como la «Pasión d'Esparraguera», la primera parte termina con la traición de Judas, que, como hemos dicho, es negro.

Pero Jesucristo está de moda en Broadway, pues «Superstar» y «Goddpell», otro musical-religioso, son los que están obteniendo mayores éxitos. La música es lo mejor del espectáculo, el disco tuvo éxito y lo apoyó. La obra se está representando en siete países. Y las entradas para la versión de Broadway se pagan en el mercado negro hasta a 5.000 pesetas. Y en junio se va a rodar la película, naturalmente en Jerusalén. La música, como ya hemos dicho, lo mejor y la base del «show», es de dos ingleses: Andrew Lloyd y Tim Rice, ingleses como los Beatles, como los Stones, como los Who... ¿Será casualidad que casi todos los mejores músicos de «rock» que se oyen en USA no sean americanos?

La obra la dirige Tom O'Horgan quien, formado en el Café La Mamma, ha sido siempre partidario de mezclar todos los aspectos: música, danza, interpretación... del teatro a la manera griega y renacentista. Ritos dionisiacos, religión, celebración, participación, rito, teatros enormes al aire libre, representaciones que duran días enteros, teatro de ceremonias y fiestas nacionales. Mimo, danza, música, canción, sonido, palabra, recitado, luz, color, pintura... Tom O'Horgan fue también quien dirigió «Hair» y la tan discutida película «Futz», y de quien se está representando también ahora un musical en Broadway sobre la vida de Lenny Bruce. La dirección de «Jesucristo Superstar» es buena en cuanto a movimiento y disciplina de los actores; sin embargo, Tom O'Horgan no ha cuidado la unidad del espectáculo, que está fraccionado en canciones y cuadros que empiezan y acaban, rompiendo la continuidad y haciendo que el ritmo escénico sea casi inexistente.

Jesucristo está interpretado por Jean Fenholt, que debuta en el tea-

Los «hippies» dijeron:
Cristo era un «hippy». Y de ellos surgió un extraño
movimiento religioso-contracultural.



tro después de haber estado con varios grupos musicales en Ohio, su ciudad natal. Excelente cantante, de voz amplia y flexible, no es actor y no sabe qué actitud tomar ante la responsabilidad de interpretar la figura de Jesucristo; ante la duda, se limita simplemente a estar hierático y sonreír tímidamente a veces.

Dejando aparte la música, lo mejor del espectáculo —y es triste siempre tener que señalar los elementos técnicos y mecánicos como predominantes en un espectáculo teatral— es la fastuosidad y el complicado mecanismo de los decorados. Al empezar el espectáculo, el cuarto muro, que es en efecto más similar a un muro que a un telón, y sobre el que aparecen encaramados, a la altura del techo, cuatro actrices, va cayendo lentamente hacia atrás hasta convertirse en el suelo del escenario, y mientras cae, éstos se deslizan hasta el borde del escenario en un movimiento parecido a la escena de amor en el desierto de «Zabriskie Point». En determinados momentos, el suelo se elevará o emergerá del mismo un pedestal que sostendrá en alto, en la mitad del escenario, a Jesucristo. Un balcón colgante moverá a algunos actores hacia arriba o hacia abajo, hacia delante o hacia atrás del espacio escénico. La cuerda con la que se cuelga a Judas le elevará haciéndole desaparecer por arriba. Al final, Jesucristo aparecerá crucificado en el centro de la pared de fondo, en un espacio ovalado en el que se inserta un triángulo dorado que avanza lentamente hasta el frente del escenario.

Decorados, luces y vestuarios suntuosos. Falta de unidad, de ritmo y de imaginación temática.

Es una pena que en una época en que estamos tan necesitados de mitos —porque estamos reorientando la cultura, y los mitos y arquetipos son motores psíquicos—, unos autores mediocres se permiten usar, sacándole tan poco partido, un mito tan importante. La redención, el hombre-dios, la muerte y resurrección, el hombre nuevo, el paraíso aquí, ahora. Todos estos símbolos estaban a la disposición de los autores, símbolos completamente relevantes a nuestra actual coyuntura cultural, símbolos y mitos que es necesario reformular y activar para crear una nueva forma social de convivencia humana.

Para colmo, «Jesucristo Superstar» olvida la Resurrección y termina con la muerte de Jesucristo en la Cruz. El mito es muerte y resurrección, muerte y vida, unión de opuestos.

Al salir del «show» más importante actualmente en Broadway, muchos espectadores saldrán tarareando y moviéndose al ritmo de una excelente música de «rock», pero algunos quizá recuerden las últimas palabras de Jesucristo en la Cruz:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Vino nuevo en odres viejos.

El tema daba para más. ■ M. J. R.
L. R. Nueva York, febrero de 1972.